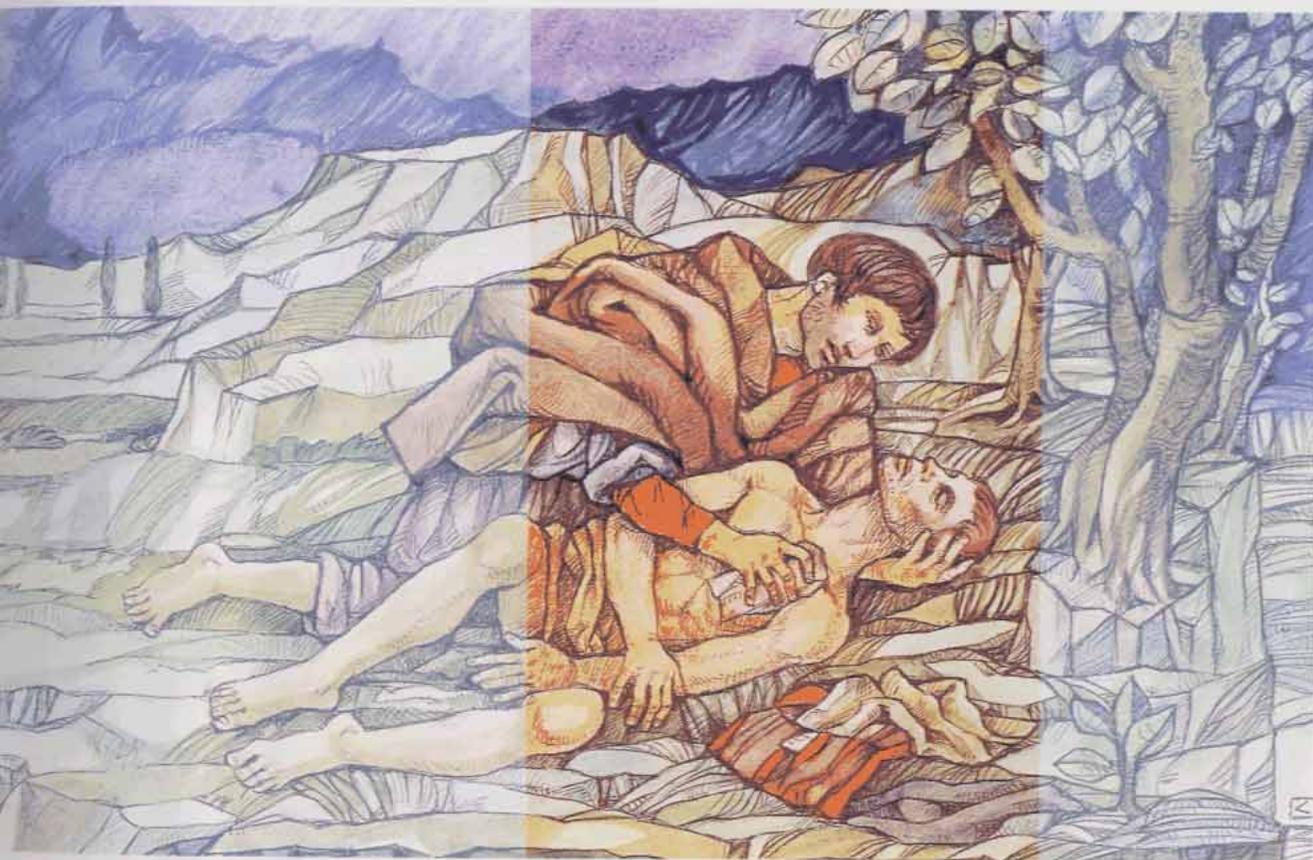




CARITAS CHRISTI URGET NOS

90 AÑOS DEL CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ



FE

Un hombre de fe

« No rehuyan el llamado del Maestro

a caminar con El.

No pregunten por qué ni adónde los llama.

Corran con El la aventura de la fe.»

ESPERANZA

C

uando Raúl Silva Henríquez hizo la Primera Comunión, le comunicó a su padre que quería ser un «hermanito». Entonces estudiaba en el Liceo Blanco Encalada que habían fundado, poco antes en Talca, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y ni siquiera tenía diez años. Por eso don Ricardo Silva, aunque orgulloso por la fuerza de la fe de su hijo, le pidió que completara sus estudios primero y luego decidiera su futuro. Así quedó en suspenso una vocación que el mismo padre había contribuido a despertar.

Raúl nació en Talca el 27 de septiembre de 1907. Fue el número 16 de 19 hermanos, cinco de los cuales murieron de niños. Para el padre, que se dedicaba a la agricultura, no siempre fue fácil mantener a tan vasta familia; hubo períodos muy duros. Y, pese a la ayuda de las «ñañas», para la madre, Mercedes Henríquez, tampoco fue simple organizar la vida del hogar.

Al comienzo de la época escolar, Raúl y sus hermanos debían trasladarse todos los días a Talca desde la casa que habitaban junto al molino Loncomilla de propiedad de su padre, situado entre San Javier y Villa Alegre. Pero la complicación que en ese tiempo suponía este viaje, pronto llevó a los padres a preferir el internado, en la misma Talca. Y más tarde, cuando Raúl tenía 13 años, decidieron mandarlo a Santiago al Liceo Alemán de los Pa-

dres del Verbo Divino: «Un colegio muy severo» -juzgó después-, donde extrañó mucho el ambiente familiar y a su provincia.

-Los padres eran muy buenos, pero no tenían mucho intercambio con los niños fuera de clase. El hecho es que mi vocación se esfumó un tanto y entré a la universidad a estudiar leyes ⁽¹⁾.

Así, a los 16 años, se matriculó en Derecho en la Universidad Católica, la misma carrera que habían estudiado su padre y algunos de sus hermanos. En la universidad continuó el desarrollo de su fe y de la práctica cristiana. Él y sus compañeros comulgaban diariamente y solían asistir a los retiros que entonces dirigía don Carlos Casanueva, personaje que fue determinante para su vocación. Tanto, que en tercer año de Derecho decidió definitivamente consagrarse a la vida religiosa.

Su primera elección fue la Compañía de Jesús. Su confesor, el sacerdote uruguayo Zorrilla de San Martín, era jesuita. Quiso hablar con él sobre su decisión y lo intentó dos veces, pero fue imposible: una porque el nuncio lo había llamado en forma sorpresiva, y la otra porque encontró las puertas del colegio San Ignacio cerradas y nadie lo escuchó golpear.

Le contó lo que le había pasado a su amigo Luis Felipe Letelier, y él le sugirió hablar con el sacerdote Valentín Panzarasa, salesiano. No sabía mucho de esa congregación, pero fue. Era diciembre de 1926.

(1) "Raúl Silva Henríquez, Cardenal, hermano y amigo", *Especial del diario La Epoca*, 27 de septiembre de 1987.



El sacerdote estaba leyendo en el jardín. Raúl le explicó lo que le había pasado y el padre le dijo que no debía preocuparse y que le daría una carta de recomendación para los jesuitas. Pero no era eso lo que buscaba:

-Quiero hacer lo que el Señor quiera y me he encontrado con una dificultad tan grande para llegar a los jesuitas... y con ustedes me he encontrado, en cambio, con una facilidad enorme. Déjeme conocer un poco quién es Don Bosco, quiénes son los salesianos -le dijo al padre Panzarasa.

Se fue de vacaciones cargado de libros: «Pasé todo el verano del 27 estudiando a Don Bosco, que sería canonizado recién siete años después. Me maravillé con su inusual experiencia de Dios. Había en su vida una relación sobrenatural pero sin las apariencias clásicas, una relación carismática y al mismo tiempo intensamente humana» ⁽²⁾.

El padre Panzarasa le propuso que terminara sus estudios de Derecho, por si se arrepentía de su decisión y que, mientras tanto, viviera como pensionista en El Patrocinio de San José para que conociera a los salesianos. Así lo hizo.

De esos años datan dos de sus convicciones que se tradujeron en dos rasgos distintivos de su personalidad. Una es que «cuando uno ve lo que debe hacer, ha de afrontarlo con serena tranquilidad, pase lo que pase»; y la otra, que «los católicos tenemos el desafío de responder prioritariamente a las exigencias sociales de nuestro tiempo».

En El Patrocinio, cuando le asignaron la función de ser asistente, tuvo sus primeras experiencias como educador y sus primeros contactos con niños y jóvenes. El aprendizaje no le resultó fácil, pero le apasionaba. Fue la primera de muchas épocas de intensa actividad que tendría en su vida: además de sus estudios y de sus funciones en el Patrocinio, trabajó en la oficina de un abogado hasta que se tituló en 1929.

Entonces viajó a Talca y le comunicó a sus padres que quería ser salesiano. Aunque gente cercana a la familia opinó que ésa era una congregación demasiado humilde para una persona de su condición y formación, sus padres

(2) "Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez". Ascario Cavallo, Ediciones Copygraph, 1991.

no tuvieron objeciones. Sólo le pidieron que lo pensara bien para que su elección fuera definitiva.

El 28 de enero de 1930 entró al noviciado en el Seminario Mayor, en el entonces deshabitado barrio de Macul, en Santiago. Aunque los cursos duraban siete años, a él se le redujeron a cuatro debido a sus estudios previos y a su paso por El Patrocinio de San José. Luego debía estudiar teología y fue enviado al Instituto Teológico Salesiano de Turín, en Italia.

Acompañado por otros dos estudiantes, se embarcó en agosto de 1934, llegando a Italia el 26 de septiembre de ese mismo año.

Apenas unos días después, recibió un duro golpe a través de un telegrama que decía: «Papá voló al Cielo...» Fue uno de los sucesos más dolorosos de su vida: «El hombre que me había enseñado lo fundamental de mi vida -la fe-, el que me había ayudado y guiado en todo momento, el que había servido de manantial para mis ideas y mis sentimientos, había pasado a los brazos del Señor sin que yo pudiera estar a su lado».

COMIENZO DEL SACERDOCIO

Durante su tercer año en Italia, cuando debía recibir la orden del subdiaconado, su vida religiosa estuvo a punto de zozobrar. En Chile, la exigencia de pasar largo tiempo arrodillado, orando, le había causado la rotura de las glándulas sinoviales que lubrican la rodilla, problema que se le agravó en Turín. Sus superiores opinaron que, si no podía cumplir con las ceremonias religiosas como era debido, debía retirarse y le negaron el subdiaconado.

Conmovidos ante el hecho, sus compañeros hablaron con el prefecto general de la congregación, el padre Pedro Berruti, y éste intercedió por él. Los superiores volvieron a reunirse y revocaron su decisión. Obtuvo el subdiaconado, luego el diaconado y, el 4 de julio de 1938, fue ordenado

sacerdote en la Basílica de María Auxiliadora con el lema *Caritas Christi urget nos*: La caridad de Cristo nos urge.

A fines de ese mismo año volvió a Chile y viajó por unos días a Talca para reunirse con su familia. Ahí ofició su primera misa en tierra chilena.

Los salesianos le pidieron que hiciera clases en el Instituto Teológico que tenían en La Cisterna, en un terreno de una cuadra de frente por cinco de fondo, pero en un edificio inconcluso y pequeño. Poco tiempo después, en 1943, en ese mismo sitio se levantó, además del instituto, un colegio, gracias a una donación de Carmen Arriarán Barros, hermana de Manuel, con cuyo nombre fue bautizado el liceo del cual el entonces padre Silva fue su primer rector.

Pronto se convenció de la necesidad de que, junto al colegio, se levantara un templo que propagara el ejemplo de Don Bosco hacia toda la comunidad. Era una empresa que parecía imposible por el dinero que involucraba, pero convenció a sus superiores de que podía conseguirse.

La congregación puso lo necesario para darle el primer impulso. Sin embargo, se requería mucho más. El resto debía conseguirlo a través de donaciones: «Así inicié mi aventura de pedigüeño», dijo después ⁽³⁾. Siempre tuvo fe en que lo lograría. Fue una larga, pero no inconclusa tarea: el Templo Nacional San Juan Bosco comenzó a construirse bajo su tutela en 1944 y se inauguró en 1950.

Dos años antes la congregación lo había nombrado rector de El Patrocinio de San José. Dicen que para entonces la timidez que lo caracterizaba había desaparecido, «dejando una cierta reserva, una cierta distancia» que, una vez salvada, abrió las puertas de la cordialidad ⁽⁴⁾.

Se encontró con un sistema «casi carcelario» de educación y, a comienzos del año siguiente, aprovechando que el padre Pedro Berruti visitó Chile, le habló del tema y de sus propósitos de cambiar las cosas. El prefecto lo autorizó para que hiciera las reformas que fueran necesarias.

(3) "El cardenal Silva Henríquez. Luchador por la justicia", Oscar Pinochet de la Barra. Editorial Salesiana, 1987.

(4) *Ibid.*

En ese tiempo gobernaba el Partido Radical y era ministro de Educación Alejandro Ríos Valdivia, quien propuso que los colegios católicos se organizaran de modo que tuvieran una sola voz y el gobierno, un interlocutor. Así fue como surgió la FIDE (Federación de Institutos de Educación) en cuya creación participó activamente el padre Silva. Poco después, la FIDE sacó una revista, *Rumbos*, de la cual él fue su primer director. El éxito de funcionamiento de la Federación llevó a que pronto se incorporaran a ella también muchos colegios particulares laicos, y en septiembre de 1950 el padre Silva fue elegido director de la FIDE. Sin embargo, tuvo que dejar el cargo en diciembre, porque sus superiores decidieron sacarlo de la rectoría del Patrocinio San José y nombrarlo rector del Instituto Teológico de La Cisterna.

Encariñado con sus funciones en el colegio y en la FIDE, y lleno de planes para ellas, consideró injusta la decisión y mandó una carta de reclamo al superior mayor, en Roma. La respuesta fue afectuosa, pero negativa.

Permaneció seis años en el Instituto.

Estando en ese cargo, en 1953, se le encomendó organizar el Congreso de Religiosos de Chile, actividad que, a petición del Vaticano, se realizó en todo el mundo para fomentar la cooperación entre las órdenes, congregaciones e instituciones religiosas.

En vísperas del congreso llegó a Chile un nuevo nuncio: monseñor Sebastiano Baggio, quien iba a ser otra figura clave en la vida del padre Silva. El nuncio quedó sorprendido por el eficiente trabajo de preparación que se había hecho. Una de las cosas que distinguía al padre Silva era ésta: ser muy cumplidor, incansablemente responsable.

Fue el mismo nuncio quien le encomendó crear y conducir un Instituto Católico de Migración que, con el patrocinio del Vaticano y a partir de febrero de 1955, se hizo cargo de canalizar la inmigración de refugiados europeos víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Su siguiente misión con-

sistió en organizar una institución de caridad que también le encomendó monseñor Baggio. Esta vez fue la formación de Cáritas en Chile.

Mientras estaba en ello, cumplió el plazo máximo de permanencia en la dirección del Teologado (seis años) y la congregación lo designó rector del colegio La Gratitude Nacional. Fue un nombramiento que lo alegró mucho, pero tampoco fue una función única para él.

Cáritas estuvo lista para entrar en funciones en abril de 1956 y -a instancias de Sebastiano Baggio- su primer presidente no fue un obispo como se había pensado, sino el padre Raúl Silva. Un año después Cáritas, que recibía provisiones que le enviaban desde el extranjero los Catholic Relief Service y debía encargarse de repartirlas con justicia, llegaba a dos mil centros de distribución en todo el país.

Organizador incansable, y conmovido por sucesivos incendios que, en 1957, destruyeron las casas de los pobladores del Zanjón de la Aguada, en Santiago, no sólo ayudó a paliar sus carencias desde Cáritas sino que, a raíz de ello, ideó la creación de un Instituto de Viviendas de Cáritas (Invica), un organismo que ayudaría en forma más permanente a que los más pobres pudieran acceder a una vivienda digna.

El 29 de septiembre de ese mismo año recibió lo que fue para él «el segundo golpe más duro de mi vida»: la muerte de su madre, a los 87 años edad. El primero había sido la muerte del padre.

UNA DESILUSIÓN Y UNA SORPRESA

Los acontecimientos de 1957 no habían terminado.

El Capítulo Interno de la Congregación Salesiana en Chile lo eligió delegado nacional al XVIII Capítulo General que se iba a realizar al año siguiente en Turín. Eso significaba que, muy probablemente, lo nombrarían nuevo provincial de la congregación. Para él, lo más significativo de esta elección

era que le permitiría volver a la vida interior de la congregación, de la cual lo habían ido alejando sus múltiples actividades. Tan importante era que, poco después, el nuncio Baggio le dijo que tenía la intención de proponerlo como nuevo obispo de Antofagasta, y él le pidió que no lo hiciera. Prefería dedicarse a la congregación.

Pero nunca llegó a ser provincial. Porque en el Capítulo General tuvo una opinión discrepante de la de sus superiores, cosa que en esos tiempos estaba fuera de lugar.

Y tampoco llegó a ser obispo de Antofagasta. El lugar ya estaba ocupado. Además, el nuncio Baggio debió irse de Chile a otra misión en Canadá. Entonces dejó la rectoría de La Gracitud Nacional y puso todas sus energías en Cáritas, abriendo nuevos programas, hasta que el nuevo nuncio, monseñor Opilio Rossi, le comunicó que el Papa quería que fuera el nuevo obispo de Valparaíso.

Fue una sorpresa para él. Nunca había pensado en ese nombramiento. La ceremonia de investidura se realizó el 29 de noviembre de 1959, en el Templo San Juan Bosco, el mismo de La Cisterna que su tenacidad había hecho posible. Su lema nuevamente fue *Caritas Christi urget nos*.

Hacía más de un año que la diócesis de Valparaíso estaba acéfala. Había mucho que hacer, faltaban parroquias y sacerdotes. El nuevo obispo casi no había terminado de asumir, cuando emprendió una reestructuración de la curia, indispensable a su juicio para resolver los problemas acumulados y los nuevos.

Entre abril de 1960 y enero de 1961 se levantaron doce nuevas parroquias en la diócesis y, empeñado en conseguir sacerdotes para su obispado, planificó con este propósito un viaje a Estados Unidos y Europa. Sin embargo, se produjo el devastador terremoto de Concepción y la Conferencia Episcopal le pidió que adelantara el viaje y le asignara un segundo objetivo: conseguir ayuda para reconstruir los templos y edificaciones de la Iglesia que habían sido dañados por el sismo.

«El sacerdote debe ser capaz de abrigar
en su pecho un solo amor..
Debe sentir la fuerza avasalladora
de la caridad de Cristo
que le hace entregar gozoso
la vida entera a su servicio».





*«Amarás a tu Dios y
amarás a tu prójimo.
Esto está escrito también
en mi escudo episcopal.
El amor de Dios me impulsa,
me impele.
Esto es, se puede decir,
la razón de ser de mi existencia».*

Cuando estaba en Italia, por coincidencia, se realizó un congreso de Cáritas al cual naturalmente asistió. El resultado fue que lo eligieron por unanimidad vicepresidente mundial y vicepresidente americano de la institución.

En busca de ayuda llegó hasta donde el propio Papa Juan XXIII, al que visitó en Castelgandolfo y le pidió una carta de recomendación dirigida a los obispos alemanes para que ellos, que tenían más recursos, ayudaran. La recolección de ayuda fue un éxito. Pero no la búsqueda de sacerdotes, que requería más tiempo. Y volvió a Chile donde lo esperaba un nuevo cambio de rumbo.

SEGUNDO CARDENAL CHILENO

En marzo de 1961 lo visitó el nuncio Rossi para preguntarle si aceptaría que el Papa lo nombrara arzobispo de Santiago. Cuenta en sus *Memorias* que le respondió así:

-Excelencia, usted mismo me ha hecho ver que mi carácter no es fácil. No estoy seguro que sea el más apropiado para esta tarea. Y si a pesar de todo esto que hemos conversado antes, me quieren hacer arzobispo, bueno, me sorprende. Pero, por supuesto, usted sabe que si el Santo Padre lo requiere, yo iré.

Así, el 24 de junio de 1961, a los 52 años de edad, Raúl Silva Henríquez tomó posesión de la nueva diócesis con una tarea inmediata por delante: la «recristianización» de la Iglesia de Santiago, descristianizada, igual que el resto del país, según el diagnóstico que se hacía entonces. Y otra tarea que tomó más tiempo: la reestructuración de la gigantesca Iglesia de Santiago, que, entre otras cosas, se dividió en cuatro zonas, cada una bajo la tutela de un obispo auxiliar.

No eran tiempos fáciles. La lucha política empezaba ya entonces a ser muy enconada. Tanto, que la Conferencia Episcopal consideró que había llegado



el momento de intervenir para apaciguar los ánimos y le encomendó al flamante arzobispo de Santiago que conversara con los partidos que se definían como católicos. Después de tres meses, su conclusión fue que la situación era sumamente compleja y que había que trabajar para alejar a los católicos de los extremos.

Al igual que de un tiempo a esta parte prácticamente todos los años le habían traído cambios o novedades a su vida, 1962 no fue una excepción. Al contrario, fue un año muy especial.

Mientras partía la campaña de «recristianización» que se extendió a todo el país, lo llamaron de la Nunciatura para comunicarle quizás la buena nueva más impactante de su vida: el Papa había decidido hacerlo cardenal.

Desde la muerte de José María Caro, en diciembre de 1958, que no había cardenal en Chile. Se sabía que, tarde o temprano, el Vaticano nombraría uno, pero Raúl Silva Henríquez siempre pensó que sería algún obispo de más edad. Siguiendo la tradición, el protocolo de investidura duró varios días en el curso de los cuales se fueron cumpliendo los diferentes ritos hasta culminar en el Consistorio Público, el 22 de marzo.

Cuando el 14 de abril volvió a Chile, Santiago lo recibió con una ovación. La gente se amontonaba en las calles para saludarlo, desde el aeropuerto hasta el centro. Se dirigió a la catedral, al Te Deum, y ahí dijo:

-Mi primer mensaje es éste: tenemos que luchar todos para que en Chile cada uno tenga lo que le corresponde. Sólo con la justicia y con la verdad existe la real grandeza de los pueblos.

Al día siguiente, en una conferencia de prensa informó que la Iglesia se preparaba para hacer una reforma agraria.

Habló con el obispo de Talca, don Manuel Larraín, quien -como él dijo- «había sido un verdadero profeta del cambio de condiciones en la vida rural», y le pidió que trabajaran juntos en la entrega de tierras de la Iglesia a los campesinos.

El 28 de junio de 1962, don Manuel Larraín les informó a los inquilinos del fundo Los Silos, en la comuna de Pirque, que esas tierras se les entregarían a las diecisiete familias que ahí trabajaban para que formaran una cooperativa. Pagarían las tierras a un precio menor que su valor real y de acuerdo con su productividad.

Arreciaron las críticas y también las alabanzas. Pero el proceso de desprendimiento de las tierras siguió su curso, invariable, hasta completarse.

La reforma agraria y las propias características de los tiempos que se vivían habían creado algunas confusiones entre los católicos. Por eso, la Conferencia Episcopal decidió sacar una nueva carta pastoral, *El deber social y político de los católicos en la hora presente*, que redactó el Cardenal y que marcó a muchos jóvenes de entonces. Se publicó en septiembre de ese año y produjo un enorme revuelo político: izquierda y derecha la criticaron con igual vehemencia, aunque por distintas razones.

TIEMPOS TURBULENTOS

Antes de que terminara 1962, el cardenal Silva Henríquez debió volver a Roma. El 11 de octubre el Papa Juan XXIII inauguró el Concilio Vaticano II. A causa de las grandes discusiones que se produjeron en su seno, después de un mes de trabajo sólo se habían debatido cinco de los setenta y tres proyectos que estaban en tabla, por lo cual el Pontífice decidió convocar a una segunda parte para el año siguiente.

La tónica de las reformas aprobadas -entre ellas la de la liturgia- fue una clara señal para el mundo de que la Iglesia había entrado en un proceso de profunda renovación.

En Chile una nueva tarea esperaba al Cardenal. A comienzos de año, el Episcopado le había encomendado que organizara y dirigiera la Gran Misión, y debía ponerla en marcha. Durante todo el año, los vicarios de la

arquidiócesis habían trabajado en ello. Y Santiago fue la región donde comenzó la Gran Misión, en enero de 1963. En la primera etapa, que debía cubrir todas las zonas rurales, participaron mil misioneros dando charlas, asistiendo a foros, conversando con los campesinos.

Pero tampoco faltaron los detractores y ellos llegaron hasta el Santo Oficio, que le mandó una carta al Cardenal reprochándole que los contenidos eran criticados por los fieles. El respondió al Santo Oficio, y le envió copias de todo al secretario de Estado del Vaticano, pidiéndole que pusiera al Papa al tanto de lo que estaba ocurriendo.

Juan XXIII murió el 3 de junio de 1963. El cardenal Raúl Silva debió viajar una vez más a Roma para participar en la elección del nuevo Pontífice, el cardenal Giovanni Battista Montini, Paulo VI, a quien le correspondió hacerse cargo de la segunda parte del Concilio Vaticano II. En el transcurso de éste, el cardenal chileno tuvo la posibilidad de entrevistarse con el Pontífice a quien le hizo una detallada relación de la difícil situación política por la cual atravesaba no sólo Chile, sino todo el continente.

A su vuelta recibió la respuesta a su carta al secretario de Estado en la cual, en nombre del Papa, éste se refería al «feliz éxito de la Gran Misión» y a «los buenos frutos obtenidos por usted en el campo de las vocaciones eclesíásticas y en la reforma agraria».

Pero las dificultades no terminaron ahí.

El año 1964 que se aproximaba iba a ser particularmente complejo para el país debido al candente clima político que precedió a las elecciones presidenciales del 4 de septiembre, en las que finalmente ganó Eduardo Frei Montalva. Temiendo que la Iglesia pudiera verse contagiada, el Cardenal escribió un texto insistiendo en la prescindencia política de ella como institución y de sus representantes: «La Iglesia debe ser y aparecer independiente de cualquier partido, ahora y después del 4 de septiembre», decía.

Sin embargo, eso tampoco calmó las cosas.

Su posición sobre la Virgen María -tema que en esos días se debatía intensamente dentro de la Iglesia- fue motivo de nuevos problemas. El Cardenal había hablado en la tercera sesión del Concilio Vaticano II (inaugurada en septiembre de ese año), previniendo contra la posibilidad de que, por resaltar más de la cuenta la figura de María, se desvirtuara la de Jesús. Y, quizá por el modo en que se informó, causó escozor en algunos sectores.

No era una época fácil. Y así se vio poco después cuando, en 1967, estalló la crisis de la Universidad Católica, «uno de los episodios más difíciles de mi vida», como dijo más tarde el Cardenal. «Por él fui atacado pública y privadamente, mi casa fue ensuciada con epítetos y se me acusó de las más increíbles maniobras», recuerda en sus *Memorias*.

Profesores y estudiantes se tomaron la sede de la universidad exigiendo reformas y, como los desacuerdos con las autoridades parecían no encontrar una salida, el Comité Permanente del Episcopado le pidió al cardenal Raúl Silva que se hiciera cargo de la situación. El Vaticano le dio plenos poderes para actuar. Pero la solución del conflicto -con el nombramiento de un nuevo rector y de un Gran Canciller de la Universidad, el arzobispo de Santiago, es decir, él- exigió varias y duras conversaciones y negociaciones al cabo de las cuales cosechó aplausos, pero también reproches de los adversarios de la reforma. Pese a todo, su balance fue positivo: «Se desarrollaron grandes avances en lo académico y también en el plano de la fe».

Justo un año después, el 10 de agosto de 1968 -como conmemorando la toma de la Universidad Católica y con la presencia del mismo presidente de la Federación de Estudiantes que la había protagonizado-, el Cardenal vivió otra toma, mucho más breve -menos de 24 horas-, pero en su propia diócesis: la toma de la catedral de Santiago que dirigieron ocho sacerdotes de la entonces llamada «Iglesia Joven», secundados por unos doscientos laicos, para difundir una proclama en la que no criticaban a nadie en particular sino a «la estructura de poder y de riqueza en la que se ejerce a menudo la acción de la Iglesia».

1962. 14 de abril. Santiago recibe al nuevo cardenal:
«Fue una de las emociones más grandes de mi vida...
Había miles de personas... agitaban pañuelos, banderas...
Me daban la bienvenida».



El Cardenal respondió con una declaración: «La acción de unos pocos sacerdotes descontrolados, olvidados de su misión de paz y amor, ha llevado a un grupo de laicos y de jóvenes a efectuar uno de los actos más tristes de la historia eclesiástica de Chile»⁽⁵⁾. Y suspendió *a divinis* a los sacerdotes que participaron en ella, aunque dejando abierta la posibilidad de que se arrepintieran. Los preladados pidieron perdón y él los perdonó. Pero esa acción no fue compartida por todos dentro y fuera de la Iglesia, incluido el nuncio Carlos Martini.

Y cuando, a fines de ese mes, viajó a Colombia para participar en el Congreso Eucarístico y en la Segunda Asamblea General del Celam (Conferencia del Episcopado Latinoamericano), inaugurada por Pablo VI, en Medellín, decidió adelantar su regreso porque la prensa lo acosó con preguntas «indiscretas» y afirmaciones «inverosímiles» sobre la toma de la catedral. Prefirió no participar y así quitarle leña al fuego.

Una de las cosas que más lo afectó de esta toma es que se realizó precisamente cuando la Iglesia de Santiago estaba preparando un Sínodo cuya primera etapa se inició el 3 de septiembre con una impresionante procesión en la que participaron unos ochenta mil fieles reunidos bajo el lema «Juntos en el camino, para servir a Chile».

Para el cardenal Raúl Silva, el más notable y profundo resultado de ese Sínodo fue que puso el principal énfasis en la necesidad de despertar y educar la fe.

Pero tampoco estuvo exento de conflictos. Las voces de los sectores más identificados con posiciones de izquierda se hicieron escuchar: se acusó a la educación católica de clasista, a algunas obras de caridad de «paternalistas» y a la jerarquía de ejercer un poder político, entre otras cosas.

Parecía imposible que la Iglesia se pudiera mantener al margen de la polarización ideológica que vivía el país. Lejos de ello, la reflejaba.

Las dificultades fueron crecientes. Los obispos emitieron una declaración

(5) Op. Cit. diario *La Epoca*.

llamando a no confundirse: «Una cosa es la justicia y otra es el marxismo». Pero nada cambió. La situación era tan compleja, que el Cardenal habló de ello directamente con el Papa en una audiencia, el 5 de octubre.

A su regreso se realizó una peregrinación al santuario de la Virgen del Carmen, en Maipú, donde pidió a Jesucristo que «ponga en evidencia ante nuestros ojos que los chilenos, y especialmente los sacerdotes, somos los sembradores del amor y no del odio».

En 1969, el año del «tacnazo» -la toma del regimiento Tacna por parte del general Roberto Viaux Marambio-, los ánimos se habían tensado tanto, que el Comité Permanente del Episcopado advirtió que por el camino en que se iba, tarde o temprano se llegaría a un régimen de fuerza.

Y luego vino la campaña presidencial del '70 que partió al país en tres tercios alineados detrás de las candidaturas de Salvador Allende (Unidad Popular), Jorge Alessandri (independiente de derecha) y Radomiro Tomic (Democracia Cristiana).

-Los políticos -dijo el Cardenal en una conferencia de prensa- quieren meternos a nosotros en la contienda, pero nosotros les pedimos que no lo hagan, porque no lo vamos a aceptar.

Con todo, por esos mismos días decía: «Tenemos fe en Jesucristo y en el poder del Espíritu, y esa fe nos permite mirar la situación actual con serenidad, al mismo tiempo que con preocupación. No es la primera vez que la Iglesia afronta una tormenta».

POLARIZACIÓN TOTAL

Pocos días antes de obtener el primer lugar en las elecciones presidenciales, cuando aún era candidato, Salvador Allende visitó al Cardenal: «Le puedo prometer, don Raúl, que no tocaré a la Iglesia ni con el pétalo de una rosa», le dijo.

La frase no fue suficiente para tranquilizar al Cardenal. No temía por la Iglesia, a pesar de que tampoco atravesaba por una época fácil: las deserciones sacerdotales y el movimiento de los «Cristianos por el Socialismo» la golpeaban con cierta dureza. Pero sí temía por la crisis política que parecía avecinarse. Partidarios de Allende fueron a pedirle que lo visitara para reconocer su mejor derecho a que el parlamento -que debía escoger al presidente de entre los dos candidatos más votados, él y Alessandri- lo favoreciera.

El Cardenal les dijo que no: la Iglesia no podía inmiscuirse; era un asunto de los políticos.

Allende fue elegido por el Congreso el 24 de octubre, después de haber firmado un pacto de garantías constitucionales con la Democracia Cristiana. Dos días antes había sido baleado el comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, por un grupo de extrema derecha que lo veía como el obstáculo determinante para cualquier tipo de acción dirigida a impedir que Allende llegara al poder. Schneider agonizó tres días y finalmente murió. Sus funerales se hicieron el lunes 26 de octubre. Acongojado, el Cardenal dijo en la homilía: «No venimos sólo para llorar al padre, al amigo, al jefe, sino para proclamar nuestra fe en los grandes valores que su sacrificio encarna. La patria no ha muerto: llora emocionada, con noble entereza, ante el sepulcro que es también emblema de grandeza ciudadana, y mudo y elocuente testimonio de amor a las nobles tradiciones».

Al día siguiente lo visitó Allende y el Cardenal le regaló una Biblia. Al día subsiguiente le devolvió la visita, y el próximo encuentro fue cuando asumió el nuevo mandatario, en el Te Deum Ecuménico de acción de gracias que celebró en la catedral luego de que, para su sorpresa, se lo pidiera el propio Allende. El Cardenal no esperaba eso de un presidente marxista y vio en ello un reconocimiento de la preeminencia de la Iglesia como entidad moral, que la situaba por encima de las pasiones del momento. Otros no lo vieron así, y una vez más lo criticaron por haberlo hecho.



En adelante, cada acto de cada figura pública dividiría las opiniones en el país, a favor o en contra. Y los actos del Cardenal no se exceptuaron. Sin embargo, la voz de la Iglesia siguió siendo una de las más poderosas y con seguridad la de mayor credibilidad en esos momentos de tantas tensiones. Por eso, y porque a él se le consideraba la encarnación de esa voz, al Cardenal le tocaría hacer en esos años un difícil papel.

En junio de 1971 debió nuevamente despedir a un hombre público víctima de la violencia: el ex vicepresidente de la República y ex ministro de Defensa Edmundo Pérez Zujovic, asesinado por un comando de ultraizquierda. -Dos veces, dos hombres -dijo en las exequias-. ¡Ya es demasiado! Tenemos que matar el odio antes de que envenene y mate el alma de nuestro Chile.

Dentro de la Iglesia seguían rebotando las cuestiones políticas. El grupo de los «Cristianos por el Socialismo» invitó al Cardenal a patrocinar un encuentro latinoamericano en Santiago, a comienzos de 1972, pero él se negó a asistir: «Yo creo -les escribí- que ustedes hacen una caricatura del cristianismo; lo jibarizan, es decir, lo reducen a un sistema socioeconómico y político». Y más adelante: «Yo creo que su acción es destructora de la Iglesia».

Probablemente el motivo que con mayor intensidad enfrentó a la Iglesia Católica con el gobierno de la Unidad Popular fue el de la Escuela Nacional Unificada (ENU); un proyecto de reforma educacional duramente criticado por la oposición y objetado por los obispos por falta de pluralismo. En el transcurso de ese episodio, el Cardenal le explicó a Allende cuál era su posición respecto de la ENU, y él le aseguró que echaría para atrás el proyecto. Aunque no fue tan automático porque muchos en el gobierno siguieron adelante con él, a la larga el proyecto no pudo materializarse.

Cuando a comienzos del '73 las tensiones en el país parecían haber llegado a un punto sin retorno, Allende lo llamó en privado en dos ocasiones. El

Cardenal quedó con la impresión de que él tenía claro que «la situación se encaminaba al desastre y que deseaba ayuda para salir del trance», dice en sus *Memorias*.

En la segunda oportunidad, Allende le pidió que convenciera al ex presidente Frei de que se reunieran. El Cardenal le transmitió el mensaje. Sin embargo, aunque Frei le respondió que si se lo pedía como católico debía decir que sí, y luego le envió una carta diciéndole que aceptaba el encuentro pese a que lo consideraba completamente inútil debido al feroz clima político que se había desatado, la reunión no llegó a hacerse.

El 29 de junio, un grupo de tanques del Regimiento Blindado N°2 rodeó La Moneda y el Ministerio de Defensa. La sublevación (el «tancazo») fue sofocada por el Ejército, pero se vio en ella un posible anticipo de lo que podía venir.

Entonces el Comité Permanente del Episcopado hizo un llamado pidiendo una tregua política: «Les imploramos que den los pasos necesarios para crear las condiciones para un diálogo que haga posible un entendimiento». Allende invitó al cardenal Raúl Silva Henríquez a La Moneda para discutirlo. Le solicitó que llamara al entonces presidente de la Democracia Cristiana y presidente del Senado, Patricio Aylwin, y le pidiera que bajara el tono de la oposición. Pero el Cardenal le respondió que esa era una tarea que le correspondía a él. Pocos días después, recibió una carta de Aylwin en la que le decía que aceptaba el llamado de la Iglesia y que estaba dispuesto al diálogo.

El encuentro se hizo el 30 de julio de 1973 con la participación de representantes del gobierno y de la Democracia Cristiana, pero no dio frutos.

Unos días después, Allende volvió a llamar al Cardenal y le pidió que le propusiera a Aylwin una reunión sin publicidad en la que estuvieran presentes sólo ellos tres: el presidente de la República, el presidente de la DC, y el cardenal arzobispo de Santiago.



Mensaje presidencial de Salvador Allende, mayo de 1973. Desabastecimiento, huelgas, confusión... últimos meses del gobierno de la Unidad Popular.

El 9 de agosto, Allende, Aylwin, el cardenal Silva Henríquez y su secretario, el sacerdote Luis Antonio Díaz, comieron juntos en la casa del Cardenal. Fue un encuentro más bien informal que debía ser sucedido por otras reuniones cuya realización se fue entorpeciendo hasta que fue demasiado tarde.

El 11 de septiembre, las Fuerzas Armadas y Carabineros dieron el golpe de Estado que derrocó a Allende.

OBJETIVO: NO ENEMISTARSE

«Los obispos habíamos concordado en que el golpe había sido previsible y casi inevitable», escribió después el cardenal Raúl Silva Henríquez en sus *Memorias*. Pero él no había imaginado cómo sería realmente. Y se fue llevando una impresión tras otra hasta que el 24 de septiembre le permitieron visitar el Estadio Nacional, convertido en campo de prisioneros. No pudo contener las lágrimas y cuando un militar le ofreció un micrófono para que les hablara a los detenidos, dijo:

-Quizá muchos de ustedes no me conocen. Me llamo Raúl Silva Henríquez; soy el cardenal de la Iglesia Católica. Soy el representante de una Iglesia que es servidora de todos, y especialmente de los que están sufriendo. Quiero servirlos y, como el Señor, no pregunto quiénes son ni cuáles son sus creencias o posiciones políticas. Me pongo a disposición de los detenidos. Cualquier cosa háganmela saber a través de las autoridades...

En los días siguientes, mucha gente acudió al Arzobispado a pedir que le ayudaran a averiguar el paradero de sus familiares detenidos. El Cardenal le pidió al sacerdote Luis Antonio Díaz que trabajara en ello con la ayuda de una asistente social, un secretario y un abogado. Así comenzó lo que serían muchos años de labor en defensa del respeto a los derechos humanos.

Menos de un mes después del golpe, el 3 de octubre, se creó el Comité Nacional de Ayuda a los Refugiados (Conar), una entidad que formaron en conjunto el Consejo Mundial de Iglesias y la Iglesia Católica, presidida por el obispo luterano Helmut Frenz acompañado por el obispo Fernando Ariztía. Su tarea era ayudar a los extranjeros que corrían peligro en Chile. Pese a que sólo los latinoamericanos eran unos diez mil, en tres meses había concluido su tarea.

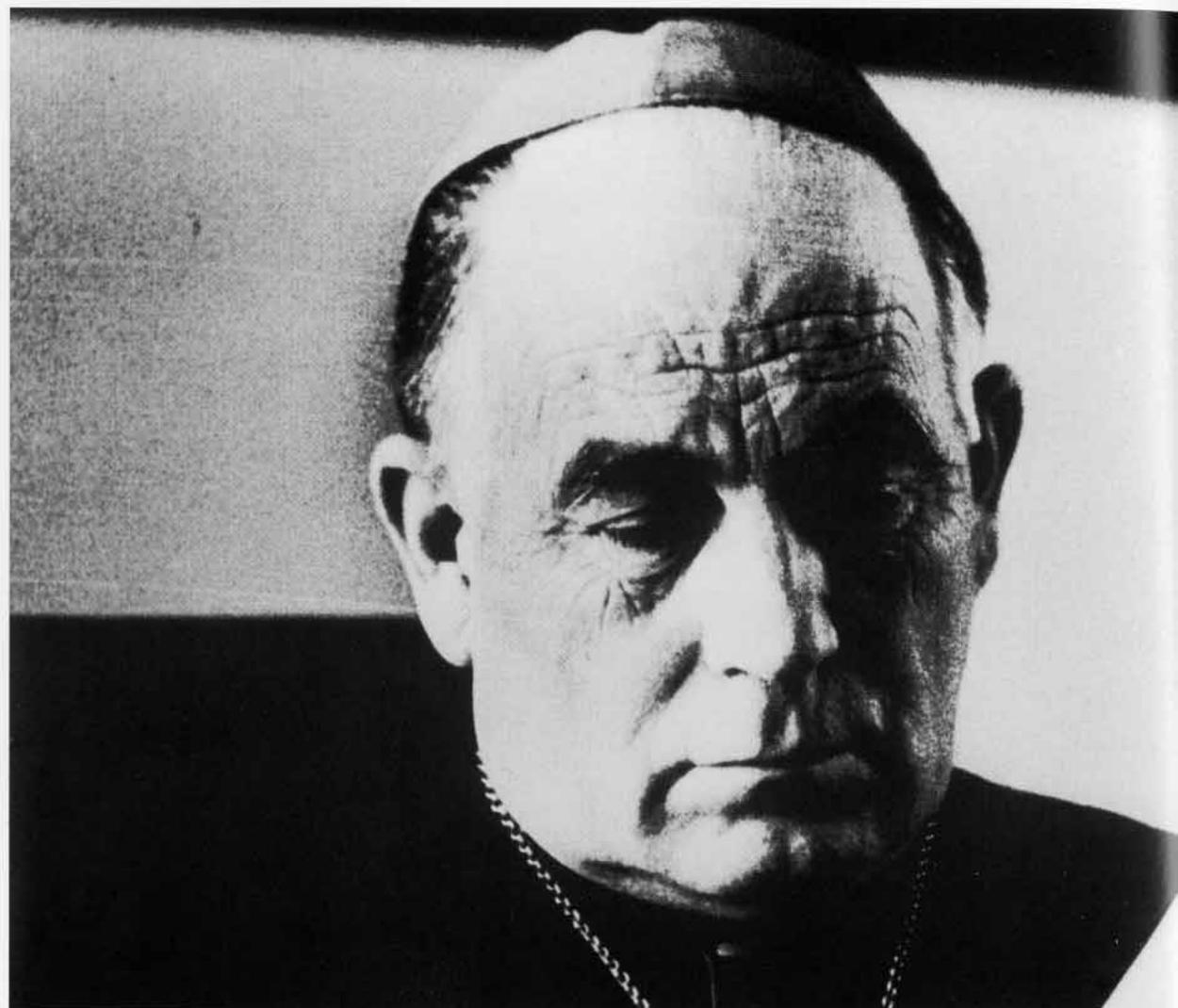
El trabajo del padre Luis Antonio Díaz convenció al Cardenal de que la necesidad de ayuda que tenían los chilenos era mucho mayor. Por eso le propuso a las demás iglesias crear otro organismo que se dedicara a ello. Así nació el Comité Ecuménico de Cooperación para la Paz en Chile, más tarde conocido como Comité Pro Paz.

El 9 de octubre la Junta de Gobierno visitó al Cardenal. Al término de la reunión, buscando mantener un clima de buenas relaciones y de cordialidad, el Cardenal dio una conferencia de prensa en la que hizo referencia a unas palabras dichas por el Papa Pablo VI dos días antes en la plaza de San Pedro donde había aludido a la «represión sangrienta» que se vivía en Chile. -La imagen que el Santo Padre se ha formado no es la que nosotros quisiéramos que tuviera de Chile -dijo el Cardenal.

Sus palabras no cayeron bien en el Vaticano. Pero en ese entonces él estaba convencido de que se vivía una situación transitoria y que enemistarse con la Junta sólo podía empeorar las cosas, impidiéndole a la Iglesia mediar para que no se cometieran arbitrariedades.

Las crecientes denuncias que recibía el Comité Pro Paz y la rápida hostilidad que mostró el gobierno frente a sus actuaciones, empezaron a cambiar su visión de las cosas. Con todo, a fines de octubre viajó a Roma, se entrevistó largamente con el Papa y lo convenció de que era «indispensable que nuestras relaciones con el gobierno militar fuesen buenas y que sus dirigentes no nos vieran como adversarios» ⁽⁶⁾.

(6) Op. Cit., *Memorias*.



En esa oportunidad el Papa le mostró una declaración en la que condenaba los excesos de la Junta Militar chilena. El Cardenal le pidió que no la publicara. Y el Papa así lo hizo. Incluso después hizo una gira por varios países europeos y por Estados Unidos tratando de explicar lo que pasaba en Chile y de convencer de que las intenciones de la Junta eran «sanas».⁽⁷⁾

A su regreso, en una entrevista que le hizo la revista *Ercilla*, dijo que todavía tenía fe en las posibilidades de diálogo y que la Iglesia seguiría promoviéndolo.

Sin embargo, al finalizar el año no le cupieron dudas de que «los hechos de violencia no se habían frenado y que la práctica de malos tratos a los detenidos era muy extendida»⁽⁸⁾.

Entre esos días y comienzos de 1974, se entrevistó varias veces con el general Augusto Pinochet, entonces presidente de la Junta de Gobierno. En una oportunidad hablaron claramente de las muertes, de los fusilamientos, de los cadáveres aparecidos en el río Mapocho. Pinochet le aseguró que eso iba a cambiar.

Pero el deterioro de las relaciones de la Iglesia con el gobierno ya estaba encaminado. La destitución del sacerdote Raúl Hasbún como director del canal de televisión de la Universidad Católica y el cierre de las puertas de esa estación para la Iglesia, fueron síntomas claros de ello.

En la homilía del 13 de abril de 1974, el cardenal dijo: «Vuestro pastor, mis queridos hijos, tiene inmensas dudas, tiene una gran aprensión». Y luego:

-Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades, que no se puede faltar a los principios del respeto del hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. Lo hemos dicho en todos los tonos, esa es la verdad. No se nos ha oído.

Las dificultades ya no cesaron. Las críticas del gobierno contra la actuación

del Comité Pro Paz fueron cada vez más y más duras. Se produjo la crisis de la Universidad Católica, donde el rector nombrado por el gobierno, el almirante (R) Jorge Swett, tomó todos los poderes pasando incluso por sobre el Cardenal, quien finalmente dejó en suspenso el cargo de Gran Canciller. Y al cumplirse el primer aniversario del golpe, el Cardenal no quiso que se hicieran actos litúrgicos de celebración.

Con todo, al finalizar el año, en el acto de inauguración del Templo Votivo de Maipú -terminado con los fondos dispuestos para ello por el gobierno militar-, el cardenal Silva dijo: «Agradezco a nuestros gobernantes por esta profesión de fe. Y porque la fe es la victoria que vence al mundo, doy gracias al Señor por este templo como un triunfo de la fe».

Hubo entonces un breve período de calma para las relaciones entre el gobierno y la Iglesia.

Pero luego del asilo que le dieron algunos sacerdotes a la cúpula del MIR perseguida por la DINA, y de unas declaraciones del obispo Carlos Camus -hechas supuestamente *off the record*, pero que se hicieron públicas- en las cuales admitió que en el Comité Pro Paz trabajaban algunos marxistas porque, aparte de ellos, no había mucha gente dispuesta a correr ese riesgo, el gobierno intensificó sus quejas. Primero, aprovechando que el obispo Frenz estaba fuera del país, le impidió reingresar y, después, el propio general Pinochet llamó al Cardenal para instarlo a que disolviera el Comité. El Cardenal vio que no había más alternativa que hacerlo. Le pidió que se lo planteara por escrito y que él acataría, pero le aclaró que la Iglesia no podía renunciar a su deber de velar por el respeto a los derechos humanos.

Antes de que se materializara el cierre del Comité Pro Paz, el Cardenal viajó a Roma, donde informó al Papa Paulo VI quien lo instó a seguir por el camino que venía transitando en todas las formas posibles.

La manera que eligió fue la creación de una nueva institución, la Vicaría de

(7) Op. Cit., *Memorias*.

(8) Op. Cit., *El Cardenal Silva Henríquez. Luchador por la justicia*.



la Solidaridad, que nació el 1º de enero de 1975, encabezada por el sacerdote Cristián Precht. Allí acudieron durante todos los años siguientes las víctimas de violaciones a los derechos humanos y sus familiares a pedir asistencia legal, laboral, médica a veces. Toda clase de ayuda, y también consuelo.

No fue el único organismo que el Cardenal fundó en esos días. Preocupado por la exoneración por motivos políticos de un gran número de profesores, sobre todo de la Universidad Católica, que difícilmente iban a encontrar trabajo en otro lugar, fundó la Academia de Humanismo Cristiano. ¿Por qué tomó una responsabilidad como ésta que le significó reproches incluso dentro de la Iglesia debido a que se trataba de una actividad completamente laica? Simplemente, decía él, porque nadie más que la Iglesia podía hacerlo.

A mediados de 1976, la Academia estaba funcionando a todo vapor gracias al financiamiento que le otorgaban europeos y norteamericanos a los proyectos de sus académicos.

Un poco más tarde, en octubre, el Cardenal protagonizó otra inauguración. Fue el nuevo Seminario Mayor, motivo de particular alegría para la Iglesia, no tanto por el flamante edificio como por la razón que lo hizo necesario: una fuerte recuperación de las vocaciones sacerdotales que habían estado tan de capa caída hacía sólo cinco años.

Y hubo otra obra más: a comienzos de 1977 se fundó la Vicaría de Pastoral Obrera, la primera institución de esta naturaleza en el mundo católico y cuyo ejemplo fue seguido después por muchos países. «Su creación -dijo después- fue un paso enorme que nos dio credibilidad en ese sector tan numeroso e importante del país. Nació de una necesidad pastoral evidente»⁽⁹⁾. Pero también fue causa de roces con el gobierno que no veía con buenos ojos el papel que la Iglesia hacía ahí.

(9) Op. Cit., *El Cardenal Silva Henríquez. Luchador por la justicia.*



El 11 de septiembre de 1973, las Fuerzas Armadas y Carabineros dieron el golpe de Estado que derrocó a Allende.



*«¿Cuántas veces hemos
propuesto la paz?
Más que proponerla,
la hemos implorado
y hasta suplicado...»*



«UNA PEQUEÑA IMPERTINENCIA»

1978 fue otro año especial. Ocurrieron muchas cosas.

Una de ellas fue la huelga de hambre que realizaron en tres parroquias familiares de detenidos desaparecidos debido a que, en virtud de la ley de amnistía dictada en abril del año anterior, los tribunales fueron cerrando los procesos emprendidos para dar con el paradero de esas personas. El Cardenal y un grupo de obispos se entrevistaron con el ministro del Interior, Sergio Fernández, quien se comprometió a buscar una solución al problema.

Entonces el Cardenal visitó a los huelguistas y les pidió que suspendieran su protesta. Y poco después, Fernández aclaró que la amnistía no impedía investigar la verdad.

En visita de ello, el Cardenal le pidió a la Vicaría de la Solidaridad y a otros obispos que reunieran todos los antecedentes que tuvieran sobre casos de violaciones a los derechos humanos. Durante tres meses mandaron decenas de documentos al Ministerio del Interior, pero -según su propio diagnóstico- otras fuerzas al interior del gobierno no quisieron remover las cosas. El trabajo, en todo caso, no fue inútil: después sirvió de base para la labor de la Comisión Verdad y Reconciliación que, en 1991, pudo establecer con seguridad la suerte que habían corrido muchos de los desaparecidos.

En medio de todos estos difíciles avatares, el Cardenal nunca dejó de comenzar el día con una hora de oración. Jamás tampoco se negó a recibir a la infinidad de personas que le pedían una entrevista, ni dejó de contestar las miles de cartas que recibía.

Ese mismo año la Vicaría de la Solidaridad recibió el premio de las Naciones Unidas a los derechos humanos. En la sesión plenaria a la que acudió acompañado del vicario Cristián Precht, el Cardenal se refirió al «sagrado respeto por la dignidad del hombre cualquiera sea su raza y condición» que imperó históricamente en Chile.

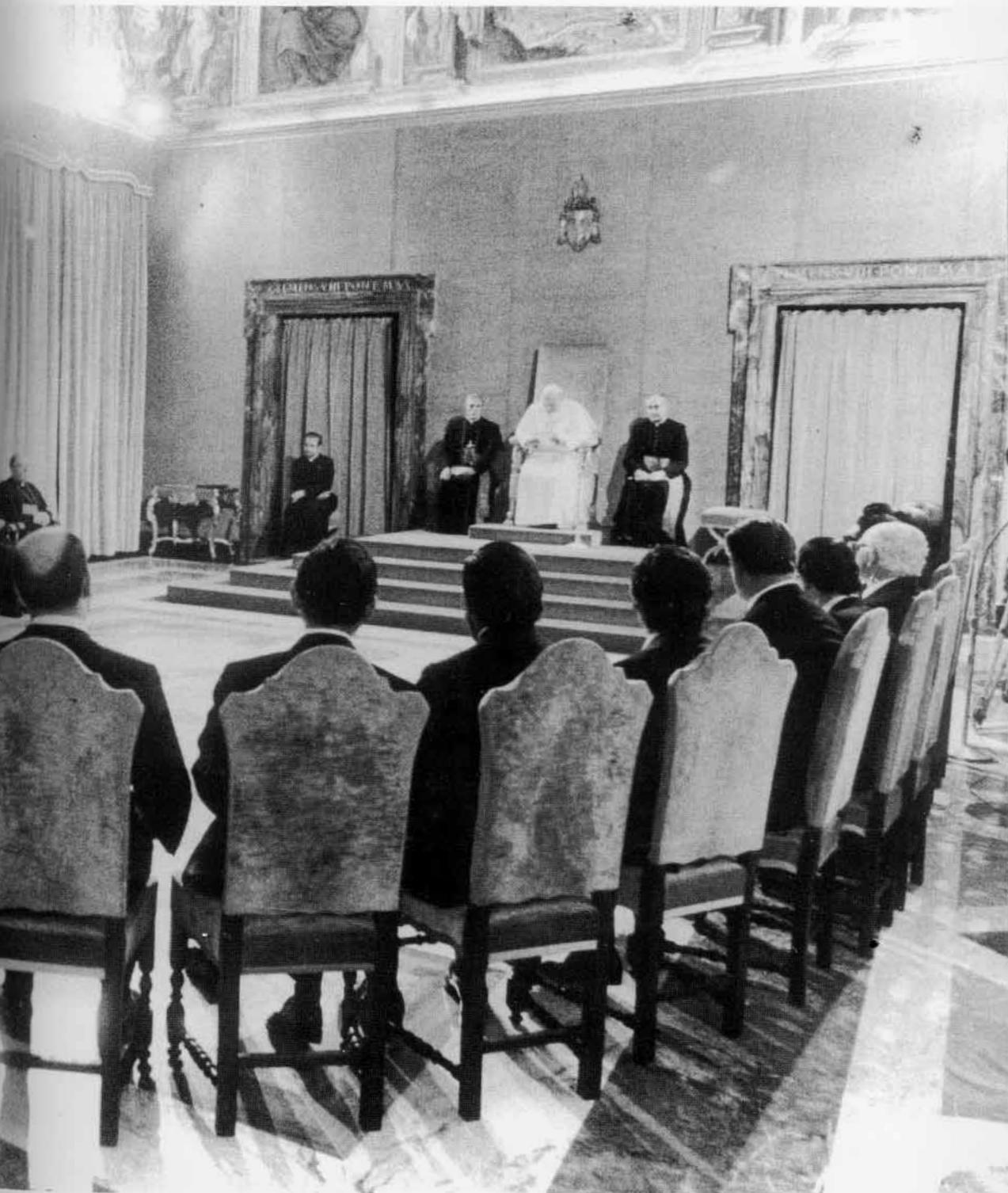


«La Iglesia no puede callar.

Sería como traicionarse a sí misma.

*Sería, también, dejar al hombre,
a la Humanidad, sin su conciencia.*

*Y sin la voz de la conciencia el hombre se pierde,
ya no es capaz de distinguir entre el bien y el mal. »*



Y agregó: «Nosotros no hemos hecho otra cosa que procurar ser fieles a esta tradición, entendiéndola como un legado que nos compromete».

Pero también entonces las críticas contra su actuación subieron de tono y alcanzaron a sectores de peso dentro de la Iglesia. Muchos veía también que el vicario, Cristián Precht, estaba quedando demasiado marcado por esas críticas que apuntaban a un exceso de «protagonismo» de la entidad y a que era percibida como políticamente «teñida».

El Cardenal se convenció, entonces, de la necesidad de hacer un cambio y le pidió al vicario de la Zona Oriente, Juan de Castro, muy amigo de Precht, y quien pensaba que había que hacerle cambios a la Vicaría de la Solidaridad, que se enrocara con él. A ambos les pareció bien la fórmula, y así se hizo.

1978 fue también el año en que murieron Pablo VI y, menos de un mes después, su sucesor, Juan Pablo I. El cardenal Raúl Silva debió participar en la elección de estos dos papas y, luego, en la de Juan Pablo II. Fue en esas circunstancias en las que se gestó un acontecimiento histórico: la mediación papal en el conflicto que tuvo a Chile y Argentina al borde de la guerra.

En el Vaticano, el cardenal chileno pudo reunirse con los cardenales argentinos y conversar sobre lo que se veía como un peligro inminente de guerra. Decidieron redactar una carta para pedirle al recién elegido Papa Juan Pablo I algún tipo de intervención que pudiera frenar el conflicto. No pensaban todavía en una mediación.

El cardenal Raúl Silva Henríquez pidió una entrevista con el Pontífice, pero debido a los avatares de la entronización, se la concedieron para quince días después. Como ninguno de los cardenales podía quedarse en Roma esperando hasta entonces, él juzgó que «la paz bien valía una pequeña impertinencia» y en la ceremonia misma, rompiendo con el protocolo, al ir a saludarlo le explicó en italiano, todo lo rápido que pudo, lo que estaba ocurriendo y lo que se le pedía.

El 29 de septiembre se conoció en Chile y Argentina una carta enviada por el Papa llamando a mantener la paz. Ese mismo día murió Juan Pablo I. Poco después, ambas iglesias realizaron con gran éxito un encuentro por la paz en el Cristo Redentor, en la frontera.

La elección del nuevo Papa dio a los cardenales de ambos lados de la cordillera la posibilidad de continuar sus encuentros. Redactaron una nueva carta, esta vez dirigida al Papa Juan Pablo II, pidiéndole algo más: que se dirigiera a los gobernantes de Chile y Argentina.

El clima de guerra, en Argentina particularmente, era visible.

Entonces, en el Vaticano, el cardenal Agostino Casaroli se reunió con los representantes diplomáticos de los dos países y les explicó que el Papa estaba dispuesto a enviar una misión de paz a Santiago y Buenos Aires. Ese mismo día, el cardenal Antonio Samoré partió rumbo a los dos países. La guerra no llegó a desatarse y, en cambio, se inició un largo proceso de mediación que tomó cinco años.

«HAY UNA TRISTEZA CRISTIANA»

Quizá si lo más marcador de 1979 para el Cardenal fue la reunión del Episcopado Latinoamericano en Puebla, México, que inauguró el Papa Juan Pablo II. «Los obispos chilenos -dijo después, en sus *Memorias*- volvimos reconfortados desde México. En una situación tan compleja como la que vivíamos en el país en ese instante, la Tercera Conferencia del Celam había servido como una catarsis y una introspección; nos había devuelto, en cierto modo, a la certeza de que nuestros esfuerzos no eran solitarios ni nuestro camino equivocado. Teníamos que afirmar la verdad evangélica a todo costo».

Cuando al Cardenal lo acusaban de intervenir en política, él decía: «Nosotros no nos transformamos en una figura política, sino que los valores evangélicos que sustentamos inciden en la política, y como algunos no quieren

seguirlos, nosotros pasamos a ser contradictores de ellos»⁽¹⁰⁾.

En Chile las asperezas no se habían limado. Y a una serie de conflictos que de una u otra manera lo involucraron, se sumó una comunicación del gobierno en la que se le informó que la homilía que pensaba decir en el Te Deum del 18 de septiembre se consideraba inaceptable. El accedió a modificarla. Sin embargo, informó que distribuiría el texto escrito completo. Fue uno de los Te Deum más tensos de esos años. Las esposas de los miembros de la Junta no participaron y, por primera vez, la televisión no transmitió nada de él.

A fines de septiembre lo esperaba una misión agradable: acompañar al Papa durante su visita a la Congregación Salesiana de Irlanda. Y en noviembre, tuvo un nuevo encuentro con el Papa en la visita *ad liminas* que los obispos le hacen cada cinco años y que esta vez tuvo la particularidad de que se hizo con todos juntos, y no de a uno. Las palabras que les dijo el Papa fueron entendidas de una manera por él y los demás presentes, y de otra manera por la prensa nacional, seña del escaso entendimiento que imperaba en esos momentos. Pero dos semanas después, Juan Pablo II aclaró las cosas refiriéndose, en la plaza de San Pedro, al problema de los detenidos desaparecidos en Chile y Argentina, y, al domingo siguiente, felicitando el «dinamismo» y el «espíritu de humanidad» de la Iglesia chilena.

Aunque el hecho político más importante de 1980 fue el plebiscito sobre la reforma constitucional, para la Iglesia y para el Cardenal posiblemente lo más notable haya sido la celebración del Congreso Eucarístico, a través del cual la tarea evangelizadora de la Iglesia logró una cobertura más amplia que nunca. Pero una vez más los problemas políticos se colaron por alguna rendija y cuando el Cardenal se jugó por invitar a las autoridades de gobierno a la clausura del Congreso, primero debió enfrentar la oposición de algunos sectores y luego, cuando éstas efectivamente asistieron a la ceremonia, recibió duras críticas.

(10) Punta Arenas, 2 de febrero de 1981, *Revista Hoy*, 1° al 7 de junio de 1983. "Cardenal Silva Henríquez. La obra de un pastor".



Infinidad de veces el Cardenal estuvo en el ojo del huracán recibiendo reproches de uno y otro lado del espectro político. De hecho, al año siguiente, 1981, debió pasar por el mismo trance porque el gobierno le pidió que hiciera un Te Deum en la catedral cuando se promulgara la Constitución que había sido sometida a plebiscito el año anterior y él dijo que sí, mientras que el arzobispo de Concepción, don José Manuel Santos, se negó.

Después del Te Deum, en una entrevista que le hizo un periodista italiano, dijo cosas que enardecieron los ánimos de los partidarios del gobierno. El periodista le preguntó si una dictadura podía ser cristiana, y él le respondió que no, que «ningún totalitarismo puede ser un modelo de vida cristiano». Y añadió: «Dicen que son cristianos, pero no creemos que lo sean». Declaró, además, que habían sido vanos los esfuerzos por convencer al poder político de la necesidad de respetar los derechos humanos. Se produjo un inmenso revuelo en el que se vieron involucrados los más destacados personajes de la vida nacional.

Eran los signos de los tiempos: el país seguía polarizado entre los partidarios y los opositores del gobierno militar.

En ese clima cumplió veinte años como arzobispo de Santiago y en la Eucaristía con que se celebró el aniversario, dijo: «Siento pena, mis queridos hijos, porque hay una parte de mi grey que no me comprende y porque no ha comprendido al Señor; porque no ha sabido lo hermoso que es dar, inmensamente mejor que recibir, inmensamente mejor que atesorar, porque no ha sabido hacer felices a tantos hermanos nuestros».

No fue un sentimiento de desaliento. Al contrario, era también una expresión de su fe porque -como decía- «hay una tristeza cristiana: cuando se tiene esperanza, cuando el hombre siempre espera, en el Señor, que va a ayudarnos a superar esa tristeza» ⁽¹¹⁾.

(11) Entrevista de Raquel Correa. Diario El Mercurio, 10 de abril de 1983.

LA DESPEDIDA

En 1982, mientras la Iglesia chilena preparaba la Misión Joven -un programa de evangelización dirigido especialmente a la juventud-, el Cardenal hizo uno de los muchos viajes a Europa y al Vaticano que debió realizar en su vida. Esta vez fue acompañado por el obispo Manuel Camilo Vial. Juntos, le informaron al Papa sobre la Misión Joven y luego viajaron por otros países europeos con el propósito de conseguir ayuda para dos proyectos de la Iglesia de Santiago: la clínica Indisa, que se había inaugurado el año anterior con la participación de médicos exonerados por motivos políticos y con el propósito de hacer una labor social en el terreno de la salud, y un banco de fomento dirigido a sectores de menores ingresos que terminó siendo el Banco del Desarrollo. Fueron sus últimas dos obras como arzobispo de Santiago.

Ese mismo año hubo otro viaje Roma y una nueva entrevista con el Papa Juan Pablo II. Fue en agosto, un mes antes de cumplir 75 años, edad en que, según las normas de la Iglesia, debía renunciar. Conversó largo con el Pontífice al presentarle su dimisión. El le dijo que la elección de su sucesor tardaría algunos meses.

En abril de 1983 el Papa nombró al obispo -y más tarde cardenal- Juan Francisco Fresno como nuevo arzobispo de Santiago. Y el 1° de mayo, día de San José Obrero, el cardenal Raúl Silva Henríquez se retiró.

Pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que la edad lo llevara a la inactividad.

Tal como lo había hecho toda la vida, siguió haciendo él mismo las compras en el mercado, recibiendo invitados en su casa siempre con algo preparado por sus manos, y contando anécdotas y chascarrros. «Si alguien quiere saber cómo se produce el vino, cómo se hace el pan, la labor de las abejas, eso lo cuenta el Cardenal -decía en 1987 el entonces vicario general de la Pastoral de Santiago, monseñor Cristián Precht-. Lo hace con maestría y lo puede tener a uno media hora pendiente de cada palabra que dice, y ahí muestra la hilacha campesina».⁽¹²⁾

La mayoría de las tareas que realizó en esos años estuvieron dirigidas a los niños. Fue director espiritual del colegio San Gaspar, hizo clases en el Seminario Menor y en el Instituto de Humanidades Luis Campino e incluso, como vicario cooperador en la parroquia de Ñuñoa, los domingos celebraba una Eucaristía dirigida a los niños. Pero su relación más fuerte con ellos, y con los más pobres, la encontró en las aldeas SOS que él mismo había creado a fines de los años '70 en Punta de Tralca, en terrenos del arzobispado, para acoger a los menores abandonados. En esa época surgieron nuevas casas y él visitó periódicamente a los niños que vivían en ellas.

Así, su sacerdocio fue concluyendo tal como había comenzado: junto a los niños. Fue el broche de oro de la vida de un salesiano que llegó a la cúspide de la Iglesia Católica chilena. Como él dijo, una de las muchas cosas que le enseñó Don Bosco fue «el amor a los pobres y a los niños, un amor profundo, un amor que desea ardientemente trabajar por ellos, ganarlos a ellos, hacerlos felices... Dedicarme a ellos con el tesón, con la confianza, con el sacrificio con que lo hacía Don Bosco fue para mí un bello ideal»⁽¹³⁾.

(12) Las Últimas Noticias, 27 de septiembre de 1987.

(13) Punta Arenas, 2 de febrero de 1981. Citado en "Cardenal Raúl Silva Henríquez, La obra de un pastor", Revista Hoy, 1° al 7 de junio de 1983.